

PARA LA JORNADA 30 DE LA ACADEMIA QUE
SERÁ A 10 DE MAYO. REPARTE EL S[EÑ]OR
PRESIDENTE LOS SUJETOS SIGUIENTES:

- Silencio** Romançe trocando a lo divino aquel que dize:
Dónde estás, s[eño]ra mía.
- Secreto** Un discurso contra la confiança.
- Descuydo** Endechas de un galán que dudava de su esperança.
- Relámpago** Endechas a una melancolía.
- Recogimiento**..... Soneto a las ruinas de Sagunto.
- Soledad** Terçetos a una dama que se cortó el dedo.
- Tranquilidad**..... Quartetos a una visnaga mojada con saliva de una buena boca.
- Sosiego** Redondillas a unos grillos de oro que le imbió su prisionera.
- Sinzero** [López Maldonado] Quartetos, [en los quales se quexa de su dama].

/fol. 208 r/ Y acudiendo todos a la hora que hordenan las Institutiones, el académico **Secreto** leyó lo que se sigue, etc.

Discurso contra la confiança

El s[eñ]or Presidente, como tan s[eñ]or mío, me ha mandado que hiziesse un discurso contra la confiança para que diciendo mal d'ella mostrase la poca que tengo. Bien es verdad que esto ha sido muy a costa de vs. ms. y mía, porque con esto se verá más claro lo poco que abarca y recoge mi pobre entendimiento, y vs. ms. quedarán cansados de oír la torpeza de mis raçones. Y assí por esto, como por la falta de concetos, seré corto, porque ya que me llamen necio no me tengan por porfiado.

Para decir mal de la confianza importa considerar primero que ay tres maneras de confianza: la primera es la que ponemos en Dios, la segunda la que tenemos de los hombres y la tercera la que hacemos de nosotros mismos.

La primera, que es la puesta en Dios, es de suyo tan buena que no ay entendimiento humano que sepa alaballa, pero aun esta confianza puesta en Dios puede ser tan por extremo que, usando de ella en malas oraciones nos sirva de escudo, con el qual, pensando defendernos, le offendamos gravemente, porque sirviéndonos d'ella para esto es un estropeço y despeñadero por donde se pierden nuestras almas. Porque aunque es verdad que la misericordia de Dios es tan grande que es incomprehensible, pero ase de medir con su justicia; y porque mi intelligencia no es de manera que pueda tratar d'esta confianza, bastará lo dicho y pasaremos a la sigunda de las que he propuesto, quès la que tenemos de los hombres, que es de suyo tan mala que para decir parte de los daños que a causado y causa en el mundo quisiera que me ayudaran los que como yo están escarmentados. Porque es tan mortal su veneno y amarga tanto el acíbar de sus efectos con tanta variedad de disgustos y sinsabores, que con ser infinitos los enemigos que tiene, todos juntos no podrían contar por entero los agravios por su ocasión recibidos, porque son tantos y tan innumerables, que bien imaginado me parece que casi todos o la mayor parte de los desgraciados sucessos del mundo fueron por su causa. Y bien llana y patentemente se vee que todas quantas trayciones se han hecho desde el /fol. 208 v/ principio del mundo hasta el día de oy an sido a la sombra de una confianza, la qual aunque algunas vezes tenga buen principio, casi todas tiene mal fin, como nos muestra Diocles, de el qual dize Polineo¹ que como estuviesse con otros bárbaros en el monte, siéndoles solamente un fiel y guía por donde se regían, determinó hazerse rey d'ellos de esta suerte, que una noche puso muchas piedras sobre la chosa en que dormía y díxoles a la mañana que aquella noche le avían querido matar algún enemigo secreto que tenía, y que era bien que ellos mirassen por él; y assí ellos con mucha diligencia le edificaron un fuerte donde se guardase, el qual fue causa para que Diocles viéndose en él pudiesse señoreallos y levantarse por rey. De manera que, si miramos este exemplo de confianza, veremos que aquel buen principio de hermandad y familiaridad que aquellos bárbaros entre sí tenían, vino a parar en desastrado fin de tiranía.

1.— Se trata de Julius Polyæno de Sardis (S. I antes de Cristo) autor de un *Strategemon* en griego. La nota hace referencia a la estratagema contenida en el lib. 5, cap. XXIX, que tiene como protagonista al ateniense Diocles. En el lib. 7, cap. I, existe otra, pero protagonizada por un medo llamado también Diocles. Polyæno, *Stratagematon libri octo...*, Berolini, sumbtibus A. Haude et I.C. Speneri, 1756.

Y no solamente, como avemos dicho, la confianza tiene mal fin, pero muchas veces tiene el principio malo, porque si consideramos de las dos ciudades más famosas de el mundo las tragedias lastimosas, hallaremos que a costa de su ruina apruevan lo que digo. Porque si la guerra de Troya se acabó por la confianza que hizieron los troyanos de Sinón,² también se comenzó por la confianza que hizo el rey de Grecia de Paris. Y si Cartago se destruyó por la confianza que hizieron los cartagineses de Sipión³ que los engañó, también se edificó por el engaño que baxo de confianza hizo la reyna Dido a Jarbas, que no será el primero ni el postrero que han hecho mugeres, que es de quien más devríamos guardarnos, pues sabemos cuántas vidas cuesta el averse fiado d'ellas. Que entre otros que las han perdido tenemos delante los ojos a Sansón, que le costó la vida el fiarse de su amiga Dalida; y a Olofernes que de la misma manera la perdió, confiándose de la viuda Judich. Pues si a estos les costó las vidas confiarse de mugeres, qué lástima tan grande es la nuestra que no solamente les fiamos nuestras vidas pero a buelta d'ellas n[uest]ras honrras.

Los daños que naçen de esta confianza son tan exessivos como generalmente se sabe. Con todo lo provara con algunas autoridades, a no ser tan en perjuicio de la autoridad de algunos y corresponder mal con el nombre que de *Secreto* lo tengo. Pero dexado esto aparte, será bien que tratemos de los que [confían]^A su gusto de mugeres. Y abriendo los ojos del alma contemplemos cuál quedará el triste enamorado que de su dama adora la hermosura, y por la mesma razón sus pensamientos, tiniendo puesta en ella toda su confianza, pareciéndole que su voluntad es pagada con otra tal, y de improviso por una mínima ocasión (y a las veces sin ella) y por una breve ausencia vee todas sus glorias trocadas en penas a manos de una mudança. / fol. 209 r/ ¿Qué sentirá el desdichado joven y qué tormento le será la memoria de la confianza pasada? ¿Qué infierno el pensar que a confiado de una cosa tan frágil y movedisa, como es una muger? Y así en estas ocasiones, aunque indicios muevan y provoquen, yo tengo por más acertado que en su lugar se ponga la desconfianza por dos razones: la una porquès tan grande el gusto de un hombre que se imagina favorecido y bien empleado, que para su extremo a menester otro de

2.— El célebre episodio de Sinón, traidor que convenció a los troyanos para que —confiados— introdujesen dentro de los muros de su ciudad el caballo, se encuentra en la *Eneida* de Virgilio, II, vv. 57 y ss.

3.— No hemos podido identificar con precisión a qué se refiere la nota. Cabe dentro de lo posible que haga alusión al episodio contenido en *Ab urbe condita* de Tito Livio, libro XXXIII, 47, 9, donde se explica la defensa que de Aníbal hizo el propio Scipio Mayor.

A En el texto: *con pan*, creemos que se trata de una errata del Secretario.

desconfianza que le incite a miedo de perder el bien alcanzado, para haziendo que de estos dos un medio, no tenga fuerça el gusto para acabar la vida, pues dizen que de la misma manera la acaba quando es sobrado como un sobrado disgusto; la otra es porque quando la fortuna use de su ordinario exercicio sirva de consuelo, si es que puede tenelle el desdichado que picó del bien que una vez tuvo por suyo.

El pensar que nunca esperó menos, pues si bolvemos la oja y reconocemos los desórdenes sucedidos por confiar las mugeres de los hombres, será proceder en infinito, porque no tienen número las que por esta ocasión han quedado burladas, pues están las historias llenas y, a más d'esto, agora en este tiempo, si bien lo mirásemos hallaríamos a muchas Olimpas y algunas no de sólo un Bireno burladas.⁴ Y así las mugeres no devrían fiarse de nadie, ni aun de sus propios hermanos, escarmentando en cabeça agena, teniendo memoria de la sin ventura Thamar, pues por confiarse de su hermano Amón⁵ acaeció tan desgraciado sucesso, a cuya ocasión resultaron tantos daños, insultos y desasosiegos.

Pero por cumplir mi palabra no me alargaré en esto, pues me queda tratar de la terçera manera de confianza, que es la que tiene el hombre de sí mismo, que para solo vituperalla quisera hazer un discurso y decir parte de los muchos daños que causa, porque si de la confianza que hizo el primer hombre de la primera muger nació un pecado tan grande que fue menester que Dios se hiziesse hombre para desasselle, claro está que sería muy grande el que hizo el príncipe de los ángeles, Luzbel, pues la confianza que tuvo de sí mismo le sirvió de alas para bolar tan alto que se quiso ygualar con el Creador y quedó inferior a todas las criaturas. Y así se ve claro que la diferencia que ay entre tener confianza de otro o tenella de sí mismo, veremos que lo primero es pecado de confianza y lo segundo, de malicia. Es tan ponçoñosa esta tercera manera de confianza que no solamente cría malas obras, infundiendo como hija natural de la sobervia arrogancia en los coraçones de los hombres, pero naçe de esta lavor endemoniada, saliendo a borbollones por la boca palabras arrogantes y descompuestas, y assí los que la aposentán en su pecho, todo su estudio es para aprendellas las noches y el día siguiente desillas en juntas y

4.— Olimpia y Vireno son dos personajes del *Orlando furioso* de Ariosto. Vireno, al abandonar a Olimpia, se hizo ejemplo de crueldad en la literatura del Siglo de Oro.

5.— Los dos hijos de David que, según el libro de *Samuel*, 13, 1-22, fueron los primeros protagonistas de la tragedia del Rey David. La violación de Amón a Tamar trasmigra literariamente al romancero (Cf. M. Débax, *Romancero*, Madrid, Alhambra, 1982, pp. 301 y ss.) y al teatro (*La venganza de Tamar* de Tirso y *Los cabellos de Absalón* de Calderón de la Barca).

corrillos, /fol. 209 v/ amenazando las estrellas con sus bravatas y fanfarrias, que son de suerte que unas veçes provoca a rriza y otras incitan a cólera, saliendo d'esto todas o las más veçes grande escándalo y alboroto.

D'èsta manera de confiança no quiero traher exemplos, porque cada uno puede ser exemplo de sí mismo, y assí será bien que en esta materia de confiadados tratemos de solamente sus palabras, porque para dezir de sus obras sería menester, como he dicho, un discurso aparte, y también porque con lo menos se provará lo más. De cierto soldado laçedemonio dize Fulgoso⁶ que llevando por cimera una mosca le dixerón que por qué llevaba impresa tan pequeña que apenas la verían sus enemigos, y que él respondió: “yo se la pondré tan cerca que les parezca un monte”. Por cierto, grande confiança digna de un tan grande bárbaro como era el que la dixo. No fue menor la que quenta Valerio⁷ de otro soldado espartano, el qual diziéndole que los enemigos tiravan tantas saetas que cubrían el sol, respondió: “Que tanto mejor, que pelearían a la sombra”.

Esta pestífera ponçoña de la confiança se estiende tanto que no se contentó con esparsir su veneno en los sobervios coraçones de los soldados, pero también quiso arraygarse en los inchados pensamientos de los que con letras piensan atropellar el mundo, como lo veremos si ponemos los ojos en esas universidades, que casi en ellas no se lee otra cosa que confiança, y no es sciencia muy moderna, porque también nos la dexaron escrita los philósofos antigos, como nos cuenta Laercio,⁸ el qual escribiendo la gran confiança de Diógenes sínico, dize que combidándole a comer un hombre, dixo que no quería ir a comer con él porque otro día que avía comido con él no le avía hecho las gracias. En verdad que si esto no lo contara un autor tan grave como Diógenes Laercio fuera muy pusible que yo no le huviera dado crédito, porque parece impusible que un tan grande philósopho cayesse en esta falta. Pero no me espanto, porque la confiança es parienta de la vanidad, y assí la una como la otra las vemos más de ordinario en las mugeres, pues no ay ninguna que no la tenga de ser hermosa, y por la mesma raçón se desvanecen. Y para encarecer la que tienen de ser hermosas, solo diré que muchas lo serían si no se lo

6.— En la obra de Fulgoso o Giambattista Fregoso, *De dictis factisque memorabilibus*, 1509, hay numerosos dichos y gestas atribuidas a los lacedemonios y no hemos logrado localizar exactamente ésta. Vid., con todo, “De adolescente lacedemonio”, en ed. cit., cap. III, pág. 98.

7.— Melchior de Sancta Cruz, en *Floresta Española de Apotegmas o sentencias sabias...*, Valencia, Joan Navarro, 1580, 1ª parte, cap. IX: “De capitanes y soldados”, nº. XIV, refiere este mismo ejemplo: “Diziendo a un capitán que eran tantas las saetas que tiravan sus contrarios, que cobijavan el sol, respondió: ‘Ventaja les tenemos en pelear a la sombra.’”

8.— Esta anécdota está narrada en la vida de Diógenes cínico, escrita por Diógenes Laercio en su obra *Vida, doctrina y sentencias de filósofos ilustres*.

pensassen, porque con ademanos confiados, que son torcer los labios, enarcar las sejas y arrugar la frente, descomponen muchas veces con accidentes lo que naturaleza tan bien a formado.

Pero no me espanto, que en unos y en otros haga estos efectos la que con su rigor yende las más fuertes paredes de la consideración, la qual en esta ocasión me a faltado, pues también el aver querido yo emprender este discurso ha sido tenella, y si la e tenido es que vs. ms. no le medirían con su gusto, sino con mi talento.

/fol. 210 r/

SILENCIO

*Romançe trocando a lo divino aquel que dize: “¿Dónde estás, S[eño]ra mía?”*⁹

¿Dónde estás alma querida
 que no te duele mi mal?
 Que pues lo sabes es cierto
 que eres falsa y desleal.
 Tus más pequeñas heridas
 del cielo me hazen baxar,
 tú de las mías mortales
 no tienes ningún pesar.
 El crisol de mis verdades
 a sido tu adversidad,
 y tú en el vicio ocupada
 tan sorda a mi llanto estás.
 Acuérdome de aquel tiempo
 que tu devieras llorar,
 quando al tronco del mançano
 que Eufrates bañando está,¹⁰
 quando yo era más temido
 y tu más cierta en errar,
 por los plazer de un día
 perdiste la libertad.

9.— El célebre romance aparece ya en la *Flor de va- / rios roman- / ces Nuevos. / Primera y Segunda Parte, del Bachiller / Pedro de Moncayo, natural de Borja [...]*, Barcelona / Con Licencia, en la emprenta de / Iayme Cendrat. Año 1591, pág. 100. Hay también ed. en Valencia, 1593, recopilada y puesta en orden por Andrés de Villalta, pág. 106. Cf. Rodríguez Moñino, A., *Manual bibliográfico de Cancioneros y Romanceros. Siglo XVI*, Madrid, Castalia, 1973.

10.— Cf. *Cantar de los Cantares*, 2, 3 y, evidentemente, *Génesis*, 2, 8-17.

Yo por mudar tu sentencia
 mi asiento quise mudar,
 y no buelve atrás mi gusto
 y tu fe se buelve atrás.

Yo vine por ti a lo menos
 si tú faltaste en lo más,
 siendo tus muchos peligros
 prueba de nuestra amistad.

Esto el esposo dezía
 llorando de soledad
 los descuydos de su esposa
 y los fines de su mal.

DESCUYDO

Endechas de un galán que dudava de su esperança.

Ya que d'esperança
 bivo confiado,
 por ser desdichado
 temo la mudança.

Y esta es la ocasión
 que reparo un poco,
 aunque buelvo loco
 d'esta mi pasión.

Temes qu'én tal grado
 suba el pensamiento
 que me lleve el viento
 y quede burlado.

Y aunque estas raçones
 [quietan]^B mis intentos,
 no goza contentos
 quien huye ocasiones.

B En el texto: *que tan*, lo modificamos porque lo exige el sentido de la frase.

Y por esto digo
 quès mejor seguillas
 que no despedillas
 como mal amigo.

Porque en tal lugar
 y ocasión de amor,
 será muy mejor
 al temor osar.

Mas ¿de qué confía
 mi corta ventura,
 si mi desventura
 toda le desvía?

Pues jamás mi suerte
 alcanzó contentos,
 sino mil tormentos
 que me dan la muerte.

Y aun lo menos fuera
 morir con tal trançe,
 pues con este lançe
 mi mal feneciera.

/fol. 210 v/

RELAMPAGO

Endechas a una melancolía¹¹

Del pecho afligido
 salga negro aliento,
 pues el pensamiento
 le tiene rendido.

Tuvo el corazón
 alas algún hora,

11.— Publicado por Martí Grajales, t. III, p. 61 y en *Flores de poetas ilustres*, p. 104.

pero ya a desora
son humo y carbón.

Del mundo se alçaron
con tan recio buelo,
que topando el cielo
más recio baxaron.

Porque aunque admitidas
del glorioso encuentro,
baxaron al centro
del bien offendidas.

Si mil elementos
los cielos formaran,
tantos se alejaran
de mí por momentos.

El ayre se quexa
de suspiros tantos,
y por tantos llantos
el agua me dexa.

En pie me sustento
por negarme el cielo
siete pies de suelo
para alojamiento.

Y el fuego cruel
de Belisa ingrata,
de lexos me mata
con estar sin él.

Tal es el rigor
de una corta suerte,
que ausenta la muerte
por mayor dolor.

[Manuel Ledesma]

RECOGIMIENTO

*Soneto a las ruinas de Sagunto*¹²

Sagunto insigne, do el sangriento estrago
 ha de mostrar eterna tu memoria,
 illustres edificios, cuya gloria
 deshizieron^C las gentes de Cartago.
 Sobervias plaças, que apacible lago
 fueron de tan funesta y triste historia;
 ya quedan tus grandezas qual la escoria,
 que aqueste es de fortuna el triste pago.
 Ya fuiste un tiempo la que ser podías,
 pues fuiste la cabeça d'esta tierra,
 desecha en fuego pero no vencida.
 Aquí vengo a llorar todos los días
 las imbidiosas causas de tu guerra,
 y el [amargo]^D destierro de mi vida.

SOLEDAZ

Tercetos a una dama que se cortó el dedo

Si el cortaros el dedo acaso fuera
 y adrede no, como sospecho y creo,
 por bienaventurado me tuviera.
 Creyera que a mi honesto y buen deseo
 le quedara una sombra de esperança
 que sirviera de gusto y de recreo.
 Mas siendo adrede, falta confiança,
 pues descubristes vos que es imposible
 en vuestra condición caber mudança.

12.— Publicado por Martí Grajales, t. III, p. 57. También ha sido transcrito por Stanko B. Vranich en *Los cantores de ruinas en el Siglo de Oro. Antología*, Ferrol, Sociedad de Cultura Valle Inclán, 1981, pág. 54. Para el tema de Sagunto incluido en el paradigma de las ruinas del Barroco, vid. lo comentado en la nota 32 de la Sesión 1ª.

C En el texto: *deshicieron*, corregido.

D En el texto: *amago*.

/fol. 211 r/

Que os burlásedes, Filis, es posible,
de ver correr la sangre de la herida,
lo qual no hiziera el hombre más terrible.
Y os mostrásedes triste y desabrida
de ver cómo salía poco a poco
y de no ser la herida más crecida.
Y porque yo lo digo, vano y loco
me llamáys de contino en qualquier parte,
como si fuera falso lo que toco.
Adrede lo hizistes y con arte
porque mude de intento y vea mi suerte
contra mí conjurada por su parte.
Mas no podréis los dos, ni el tiempo y muerte
ni el sielo, aunque se muestra mi enemigo,
torçer con su rigor mi braço fuerte.
Un fuerte defensor está conmigo,
quès la sangre que vos abandonastes,
quès mi reparo cierto y es mi abrigo.
Por los ojos entró, por donde entrastes
rebuelta con la triste ánima mía,
que los vuestros sin causa le negastes.
La qual buscando puerta qual solía,
pues las d'es'alma siempre vee cerradas
por la herida, qual hyerva entrar quería;
mas hallando las venas ocupadas
de la moral ponçoña que en vos creçe,
vio que eran sus quimeras escusadas.
Y buscando remedio que sirviesse
para afloxar el lazo y ñudo estrecho
del cuello, que es la pena que padeçe.
Con vuestra sangre elada dentro el pecho,
rebuelta se metió como he contado,
quès su alimento agora y su provecho.
Con ella bive y goza un dulce estado
más dulce, porque al fin es prenda vuestra
qu'el estado más dulce y regalado.
Ella le da valor, ella le muestra
que esse desdén cruel y riguroso

el tiempo curará con mano diestra,
y vivirá con gusto y más reposo.

[López Maldonado]

ZINZERO

[Quartetos en los quales se quexa de su dama]¹³

Delia, tu gran hermosura,
tu valor incomparable,
la condición más mudable
harán más firme y sigura.

Y sospechas novedad
en un firme corazón,
que tiene tu condición
por ley de su voluntad.

¡Ay Delia, cuán mal que tratas
esta verdad que te offresco,
pues quanto por fe meresco
con rigor lo desbaratas!

Verdad tan pura y tan cierta
no mereçe que sea dada
al mal tan franca la entrada
y que al bien cierres la puerta.

Mas tú que mil dudas pones
en la ley de tantos años,
das vida a mis propios daños
con agenas relaciones.

Y quiçá el que te las haçe,
aunque tú más bien lo quieras,
muestra en aquello más veras
que menos ama y le aplaçe.

13.— Publicado por Martí Grajales, t. II, p. 133.

Castigo sería muy justo
 si fuese lo que sería
 gloria para el alma mía,
 pena para ageno gusto.

Aunque esto será importante
 para que le seas piadosa,
 si es verdad que cada cosa
 cudicia su semejante.

/fol. 211 v/

Esto que digo, señora,
 perdóname si te offende,
 yo sé que el que te pretende
 ni te sueña ni te llora.

Y tú, aunque lleno de engaño
 le abías entregado el pecho,
 no tanto por su provecho
 quanto por mi propio daño.

Y porque no aya disculpa
 en el mal que me condena,
 quieres sacar de mi pena
 los descargos de tu culpa.

TRANQUILIDAD

Romance a una visnaga¹⁴ mojada con saliva de una buena boca.

Tan imbidioso y çeloso
 me siento, que aun las estrellas
 me ofenderán en mirar
 a mi Lisarda, la bella.
 Esto me a sobrevinido,
 pues el polvo de la tierra
 desvelarse a procurado
 en subir a hazerme offensa.

14.— *Biznaga o bisnaga*: “Planta que echaba en las extremidades unas escobillas que se usaban como mondadientes” (*Dic. Aut.*)

Y para esto an criado
 agua y polvo una arboleda,
 de unos árboles enanos
 que con serlo al cielo llegan.
 Yo los e visto naçer
 entre las menudas yervas,
 y oy los veo estar subidos
 en lo alto de mi esfera.
 Su apellido es de visnaga,
 que a visna¹⁵ sufre y espera,
 y con estas calidades
 hasta las nubes penetran.
 Han llegado a tanto extremo
 que en los dientes que pudieran,
 como en espejos mirarse,
 sirven ya de limpiaderas.
 Tanta imbidia y çelo tengo
 quanto es justo se les tenga,
 pues de calminuar¹⁶ que sacan
 mi alma se enriqueciera.
 Brotarán mis esperanças,
 que amargas lágrimas riegan,
 con el licor soberano
 quèn abril las convirtiera.
 Con todo, planta dichosa,
 si de lo dulce que dexa
 la saliva de Lisarda,
 partes con almas sujetas,
 acuérdate de la mía
 que de tu gloria se acuerda,
 y adorando tus rayzes,
 las de sus males destierra.

15.— No hemos podido documentar esta palabra.

16.— Suponemos que se trata de un error del copista. Proponemos la siguiente lectura alternativa: *pues del almivar que sacan.*

[Miguel Beneito]

SOSIEGO

Redondillas a unos grillos de oro a un galán que le imbió su [dama]^E 17

Tyrse, si los grillos de oro
 me los das porque podrán
 aliviar mi pena y lloro,
 puesto que a mis pies están
 con el alma los adoro.

Mas si es por tenerme aquí,
 pudieras^F dexar de hazellos,
 pues ya, Tirse, para mí
 fueron grillos los cabellos
 quèn tu bella frente ví.

Mas si mi fe no aprovecha
 con ser tan segura y firme,
 para borrar tu sospecha,
 para que no pueda irme,
 ponme en cárçel más estrecha.

[Haz]^G lo mismo que yo he hecho,
 quèn verme de tu hermosura
 tan pagado y satisfecho,
 para tenerte sigura
 te puse dentro en mi pecho.

/fol. 212 r/

Mis ojos están corridos
 de que los pies los prefieran
 en ser más favorecidos,
 porque ser ellos quisieran
 en todo los preferidos.
 Mas son vanos sus antojos
 que antes los pies mereçieron
 aquestos ricos despojos,

17.— Publicado por Martí Grajales, t. IV, p. 23.

E Interlineado superior. En el texto: *prisionera*, tachado.

F En el texto: *pudierais*, corregido.

G Interlineado superior. En el texto: *mas*, tachado.

pues ellos la causa fueron
de que te viessen los ojos.

Por ver quèn tan alto asiento
tengo puesta la afición,
haçe sobervio y contento
la rueda que haze el pavón
mi elevado pensamiento.

Y aunque mis pies le hago ver
porque su bajeza entienda,
no la quiere deshaçer,
quèn ver en ellos tu prenda
la torna de nuevo a haçer.

Suelen al hombre impedir
los grillos al caminar,
pero yo puedo deçir
que a mí me hizieron bolar
a pretenderte servir.

Y pues que yo no rehuyo,
ponme la *ese* y el *clavo*,
sepan que e tenido cuyo,
quès gran gloria el ser esclavo,
pues tengo de serlo tuyo.

Verás que mi coraçón
trata fineza y verdad,
pues que todos quanto son
se procuran libertad
y él se procura prisión.

Y pues aquesto ansí es,
dexa tus antojos vanos,
y pues mi buen pecho ves,
ponme una esposa en las manos
no dos grillos en los pies.

Hecho todo esto, el s[eñ]or Presidente mandó al Secretario publicar los sujetos de la Academia siguiente.